

diendo un enfrentamiento abierto con los gobiernos revolucionarios. En este sentido, concluye Meyer, la presión menos espectacular y menos fuerte produjo el mejor resultado (p. 162).

Sin lugar a dudas es un acierto la reedición de esta obra. Las décadas transcurridas desde su primera publicación no merman sus aportes teóricos, sus interpretaciones históricas, ni su ejemplaridad para el estudio de las relaciones de poder y los grupos de presión en la historia contemporánea de México y América Latina. Por el contrario, la calidad de la obra y la distancia de cuarenta años confirman la agudeza analítica de Lorenzo Meyer, autor de auténticos clásicos de la historiografía nacional.

Pablo Yankelevich
El Colegio de México

ANTONIA PI-SUÑER, PAOLO RIGUZZI Y LORENA RUANO, *Historia de las relaciones internacionales de México (1821-2010)*, vol. 5, *Europa*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, 540 pp. ISBN978-607-446-029

En el marco conmemorativo de las dos grandes revoluciones de México —la de 1810 y la de 1910—, la Secretaría de Relaciones Exteriores, y bajo la acertada coordinación de Mercedes de Vega —directora general del Acervo Histórico Diplomático—, tuvo a bien publicar una gran obra de 7 volúmenes sobre el recorrido histórico de las relaciones internacionales de México con los diferentes escenarios regionales del mundo, entre ellos, y para el caso que nos ocupa, Europa.

En esencia, y teniendo en mente a la ciudadanía mexicana, la idea fundacional nace de la necesidad de reconocerse y reencauzarse ante tantas “injusticias, abusos y expoliaciones a partir de

una idea equivocada de nosotros mismos”. Así, y recuperando los versos del poeta Ramón López Velarde —“Mis hermanos de todas las centurias/reconocen en mí [...] sus propias quejas y sus propias furias”—, la obra es una invitación a ejercer una serena reflexión autocrítica no sólo para descubrir las raíces internas de los problemas que aquejan al México de hoy, sino para acabar con la praxis de regodearse en la herida y después eximirse de responsabilidades buscando en los “otros” la causa de los males. Por eso, comparto sin remilgos la crítica a quienes hacen “negocio político” de complejos varios como el derrotismo, la debilidad o el victimismo mexicanos.

Con estas consideraciones previas, el proyecto de la obra se concibe desde el compromiso de alcanzar un doble objetivo: primero, analizar la proyección del México soberano a partir de su relación con otros países “sin nostalgias ni triunfalismos infundados” y, segundo, dar a conocer más y difundir mejor “el rico historial de México y sus relaciones internacionales”. Al igual, se parte del compromiso de satisfacer, entre otras necesidades, el análisis de la construcción, consolidación y redefinición del Estado mexicano en su proceso de inserción en el sistema internacional, vinculando, entre otros, la política exterior con la interna, así como la renovación y el fortalecimiento de un espíritu latinoamericano, “inexcusablemente postergado”, capaz de superar viejas retóricas vinculadas a Estados Unidos o a la vieja tradición occidental, generadoras de prejuicios y estereotipos.

He aquí, pues, la concepción de esta obra y también del volumen *Europa*, quinto de la colección, firmado por tres grandes especialistas: Antonia Pi-Suñer Llorens, Paolo Riguzzi y Lorena Ruano. Su gran mensaje no puede ser más claro: la relación de México con la región ha seguido una trayectoria de “descenso interrumpido de forma intermitente”. En materia procedimental, y haciendo un ejercicio de honestidad intelectual, el trío de autores nos advierte de la necesidad de acotar el tema de estudio, pri-

mero, porque Europa sigue siendo un espacio “geográfico cambiante” y, segundo, por tratarse de una gran variedad de “Estados y actores”. Así, los vectores de análisis se orientan hacia una Europa occidental, concretamente hacia España —por la existencia de “innegables lazos históricos”— Gran Bretaña, Francia y Alemania —por tratarse de “potencias mundiales”— y hacia la URSS, el Vaticano o la propia Unión Europea por su “relevancia en coyunturas específicas”. A partir de esta acotación, los autores superan con acierto el clásico estudio de la relación oficial entre Estados para abordar cuestiones “transgubernamentales” como las migraciones, los lazos culturales e intelectuales, las ONG o los intercambios económicos, y todo desde un enfoque multidisciplinario. Sin dudas, este acercamiento a Europa, desde una dimensión holística, es uno de los grandes aciertos del volumen.

El libro es felizmente resuelto desde la concepción misma de su andamiaje formal. Si en las primeras páginas la coordinadora nos presenta el sentido de la colección y hasta del propio tomo —para la ocasión, Europa—, los autores nos hacen una introducción a su contenido y, para su mejor comprensión, conciben el manuscrito desde una arquitectura tripartita: 1) De la independencia a la reanudación de las relaciones con Gran Bretaña (1821-1884), 2) De la *Belle Époque* europea y el porfiriato mexicano al fin de la segunda guerra mundial (1885-1945), y 3) De la Guerra Fría a la globalización (1945-2010). Por su parte, el libro presenta no sólo sus conclusiones finales —a mi modo de ver, un buen ejemplo de cómo debe sintetizarse una obra de esta naturaleza—, sino también un índice onomástico, 45 páginas de bibliografía y una relación de fuentes primarias y centros de documentación consultados.

En sintonía con la idea de la colección, el volumen *Europa* es una magnífica reunión de temas y subtemas, fruto de una sana, titánica y hasta bien intencionada ambición enciclopédica, por otra parte, magníficamente resuelta. La larga trayectoria docente de los autores les lleva a pensar en el lector —respeto que se agra-

dece— y, en consecuencia, a entregar un volumen bien escrito, con una prosa clara y bien cuidada, donde se logra hacer compatibles el lenguaje sencillo y la precisión conceptual. El manuscrito queda estructurado con una equilibrada relación de capítulos, subcapítulos y apartados temáticos —procesos políticos, socioeconómicos y culturales, inversiones, intercambios, migraciones, derechos humanos, delincuencia organizada, etc.—, con un adecuado ropaje de cuadros, mapas, gráficos y no pocas figuras que ayudan a la comprensión del texto desde una propuesta visual.

Apoyándose en este andamiaje, los autores van gestando un “relato” histórico a partir de un nutrido rompecabezas de ideas. Así, se nos recuerda que la independencia de la Nueva España en 1821 significó un “despliegue” de sus relaciones con los países europeos, hasta entonces condicionadas por el nexo colonial, dándose una singular paradoja: si bien el México soberano era visto como un país con grandes recursos naturales —publicidad debida en parte a la obra de Alexander von Humboldt—, los primeros gobiernos mexicanos se encontraron con las arcas públicas vacías. El remedio a este mal pasaría por pedir prestado dinero a los países europeos, que con el tiempo, y ante el incumplimiento en los pagos, impondrían la llamada “diplomacia de las cañoneras”.

Por otra parte, y durante sus primeras décadas de vida soberana, México sería un país dividido internamente, carente de una cohesión social, así como de un proyecto de nación vinculante. Hubo partidarios y detractores de España —recuérdese que el reconocimiento no llegaría sino hasta 1836—, donde predominó el afán de imitar la cultura francesa para forjar una identidad colectiva desde una propuesta europea ajena a la española. A los constantes pronunciamientos militares, con los consiguientes estragos económicos, se unieron las divisiones políticas entre los partidarios del regreso de la monarquía y los defensores de la definitiva consolidación de una república, todo ello mientras, a mediados del siglo XIX, México perdía a manos de Estados Uni-

dos la mitad de su territorio, dejando al descubierto, primero, la falta de cohesión nacional y, segundo, la ausencia de un verdadero proyecto de Estado. Las fracturas y carencias se acentuaron con las fuertes divisiones entre liberales y conservadores que desembocarían en la guerra de Reforma (diciembre de 1857-enero de 1861). La coyuntura bélica se prestó para que el sector conservador, y además monárquico, buscara el apoyo de una Europa, en aquel entonces, interesada en equilibrar el continente americano con un gobierno sólido y estable en México, que además hiciera de dique al expansionismo estadounidense. Si bien Francia, Inglaterra y España lograron imponer a un príncipe europeo como Maximiliano de Habsburgo —tiempos del segundo Imperio (1863 y 1867)—, su rotundo fracaso fue aprovechado por el presidente Benito Juárez para desconocer los tratados y deudas contraídas con los países europeos aliados de Maximiliano. A partir de este momento, para México el “fracaso europeo” acarrearía dos grandes consecuencias: la pérdida de influencia diplomática y comercial con Europa y la caída definitiva en la órbita de influencia de Estados Unidos. Años después, y durante el porfiriato, México llegaría a buscar un contrapeso en Europa ante la “desbordante presencia económica estadounidense”.

Ya en el siglo xx, la irrupción de la revolución mexicana (1910) y el posterior estallido de la primera guerra mundial (1914) terminarían por abrir la brecha entre México y Europa, proceso paralelo a un cierto acercamiento a la Unión Soviética por su afinidad revolucionaria, en el fondo “más simbólico que real”. Durante el periodo de entreguerras, México tendría una mayor presencia en el escenario internacional, primero, por su ingreso en la Sociedad de las Naciones; segundo, por su decidido apoyo a la España republicana —antes, durante y después de la Guerra Civil de 1936— y, tercero, por su alianza de buena vecindad con Estados Unidos contra el nazi fascismo. Tras la segunda guerra mundial, la relación entre México y Europa alcanzaría su punto de mayor dis-

tanciamiento, no superado durante la Guerra Fría. Después, y en la recta final del siglo xx, los autores nos advierten de dos hechos destacables: primero, el proceso de democratización española tras la muerte de Franco y la normalización de las relaciones hispano mexicanas (marzo de 1977), que harían de España un puente natural entre México y Europa, y, segundo, la firma del Tratado de Asociación México-Unión Europea (1998), que fue “la cúspide de este reaceramiento”, a pesar de no dar los frutos esperados.

Este mapa de las ideas se cierra apuntando hacia un claroscuro: si bien el diálogo con los países del continente europeo hace de México un “interlocutor privilegiado entre los países hispano americanos para Europa”, las deficiencias mexicanas en cuanto a la legalidad y Estado de Derecho están afectando a los ciudadanos europeos, sin duda, una fuente de fricción que puede condicionar la relación bilateral con la región. En resumen, la relación entre México y Europa ha venido respondiendo a una “trayectoria en descenso”, debido a cinco factores: primero, al peso de la geopolítica, donde México ha venido preponderando su relación —por momentos, exclusiva— con Estados Unidos; segundo, a la lejanía física con Europa; tercero, al relativo declive de Europa en la política global; cuarto, al “aislacionismo defensivo” del Estado mexicano, muy acentuado durante la centuria decimonónica y, por último, a la escasa inmigración europea.

Así reseñado, avanzo mis últimas líneas para agradecer a los autores por este libro de referencia básica —libro de escritorio junto a una taza de café— no sólo para investigadores y estudiantes, sino también para diplomáticos, políticos y, en general, todos aquellos que quieran comprender la realidad histórica de México desde la tan necesaria dimensión internacional. No niego la posibilidad de que el gran especialista no halle respuesta a muchas de sus preguntas, pero estoy seguro de que hará de este tomo un obligado pórtico de entrada para sus investigaciones, debido a sus tres riquezas: la contextualización histórica, la referencia temporal y

la variedad que ofrece cada uno de los temas que se abordan. Por ello, y no me gustaría equivocarme, auguro que el presente será un libro de consulta obligada por muchos años y hasta décadas.

Carlos Sola Ayape
Tecnológico de Monterrey
(*Campus Ciudad de México*)

ALICIA HERNÁNDEZ CHÁVEZ (dir.) y MANUEL MIÑO (coord.),
Crisis imperial e independencia, t. I, 1808-1830, Madrid, Fundación Mapfre, Taurus, 2011, pp. ISBN 9788430607990

El conjunto de ensayos que integran el volumen *Crisis imperial e independencia* parten de la transformación del mundo monárquico español de 1808 en sus dimensiones política, económica, social y cultural y las complejas circunstancias en que emergió la nación mexicana. La crisis estuvo precedida por la implementación y el efecto de las reformas borbónicas, que propiciaron una mayor centralización en el sistema fiscal con alto impacto en los excedentes canalizados, en gran parte, a cubrir los gastos de guerra con otros estados europeos.

En la segunda mitad del siglo XVIII dos referencias cobraron gran trascendencia en la definición del nuevo orden internacional en Occidente: la independencia de Estados Unidos y la revolución francesa. El tercer acontecimiento político que transformó el antiguo orden tuvo su expresión política de crisis de soberanía en la primera década del siglo XIX con la ocupación militar de Napoleón Bonaparte de la península Ibérica, lo que desencadenó la revolución hispánica. La monarquía española buscó su recomposición por medio de la proclamación de la Constitución de Cádiz en 1812: una nación soberana regida bajo el principio de división de